

CAPITULO XXV.

Atrevimiento y consternacion.



AUDIÓ con presteza Hernan Cortés á todos los puntos vulnerables del cuartel para reformar la defensa y responder al ataque con el ataque.

Desde el primer momento tomó el asalto proporciones formidables.

La metralla de los cañones, las balas de los arcabuces, las flechas que disparaban los tlaxcaltecas, todo era inútil.

Perecian muchos mexicanos, pero se multiplicaban.

Sus compañeros trepaban por las ventanas, llegaban á agarrar con las manos los mismos cañones de los arcabuces, y aunque muchos de ellos caian asesinados desde las ventanas, otros los imitaban, y era de todo punto imposible contener el ardor de aquella gente.

En el gran patio del cuartel tenia Hernan Cortés el grueso de sus tropas, y desde allí las dirigia á los puntos que más peligro presentaban.

Apénas pasó la primera impresion de estupor, Moctezuma, al saber la resolucion que habian tomado los mexicanos, comprendió que Hernan Cortés no podia oírle en aquellos momentos, y llamó á Marina.

—He resuelto presentarme á mi pueblo, le dijo; es el único medio de contener su ímpetu, de restablecer la paz.

Busca á Hernan Cortés, manifiéstale mis deseos. Díle que quiero subir á la azotea, y presentarme desde el pretil á mis vasallos, y obtener de este modo que se retiren los sediciosos,

mandando á mis nobles que vengan desarmados á explicarme la causa de su conducta y á manifestarme sus deseos.

Corrió Marina á comunicar aquel proyecto á Hernan Cortés, y eran tan críticas las circunstancias, que en medio del caos que reinaba, al oír aquellas palabras vió un rayo de luz el caudillo de los españoles.

—Díle que accedo á sus deseos, que se presente pronto.

Moctezuma, animado por la esperanza de que su presencia pondria fin á la guerra, mandó á sus servidores que le presentasen todas sus galas, todos los atributos de su poderío.

Vistióse con precipitacion la túnica régia.

Puso en su frente la corona.

Cubrió sus espaldas con el manto imperial.

Adornó su cuerpo con todas las joyas que usaba en los actos solemnes, y un momento despues, seguido de los servidores mexicanos que aún estaban en su compañía, se presentó en el patio del cuartel.

Hernan Cortés mandó que un destacamento de cuarenta soldados y de cien tlaxcaltecas subiesen á la azotea con Moctezuma y sus servidores, y él mismo se colocó á su lado para asistir á aquella escena que debia resolver el conflicto.

Los combatientes se colocaron en la azotea, aunque á distancia del pretil, y abrieron paso á Moctezuma.

Uno de sus servidores, acercándose á la balaustera, gritó con espantosa voz:

—Mexicanos, cesad en el combate, y oid todos con atencion, porque el gran Moctezuma, vuestro emperador, se ha dignado salir aquí á escuchar vuestras quejas, y hará justicia.

Estas palabras produjeron un efecto magnético en los combatientes.

Todos callaron, y al repetirse entre ellos la voz de: "Ahí está Moctezuma," quedaron como petrificados.

Entónces se adelantó el monarca con gran solemnidad, y al

verle doblaron muchos la rodilla, y los más se humillaron, como dice Solís, hasta poner el rostro en tierra, mezclándose la razón de temerle con la costumbre de adorarle.

En efecto; su figura en aquellos momentos debía imponer á los mexicanos.

No veían á los soldados que estaban detrás de él.

Solo se les aparecía su antiguo monarca con toda la magnificencia, con todo el esplendor que estaban acostumbrados á ver en él en días más felices; y se presentaba solo, desafiando la venganza y el odio de millares de hombres.

Natural era que produjese aquel efecto y excitase la ansiedad de los que le miraban, y se aprestaban á escucharle.

—Haced que vuestros jefes se acerquen, exclamó; que vengan á escucharme el príncipe de Iztacpalapa, Guacolando, todos mis nobles, todos los teopixques.

Esta orden fué obedecida inmediatamente.

Cuando estuvieron los jefes de los mexicanos en sitio donde pudieron oír al emperador, con acento bondadoso, llamándoles amigos, recordando los lazos de parentesco que con él le unían

—¿Qué es lo que deseáis? les preguntó.

—Vuestra libertad, gritaron todos.

—Y si no estais prisionero, dijo el más atrevido, si permanecéis por vuestro gusto al lado de vuestros enemigos, entónces no queremos vuestra libertad, sino vuestro castigo.

La historia ha conservado las palabras que entónces pronunció Moctezuma, y como en otras ocasiones, aun á riesgo de emplear aquí una traducción algo anticuada, creemos deber reproducirlas:

—«Tan léjos estoy, vasallos míos, dijo, de mirar como delito esta conmoción de vuestros corazones, que no puedo negarme inclinado á vuestra disculpa.

«Exceso fué tomar las armas sin mi licencia; pero exceso de vuestra fidelidad.

«Creisteis, no sin alguna razón, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido y violentado, y el sacar de opresión á vuestro rey es empeño grande para intentado sin desorden, que no hay leyes que puedan sujetar el nimio dolor á los términos de la prudencia; y aunque tomásteis con poco fundamento la ocasión de vuestra inquietud, porque yo estoy sin violencia entre los forasteros que tratáis como enemigos, ya veo que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso.

«Por mi elección he perseverado con ellos, y he debido toda esta benignidad á su atención, y todo este obsequio al príncipe que los envía.

«Ya están despachados; ya he resuelto que se retiren, y ellos saldrán luego de mi corte.

«Pero no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligación su cortesía.»

Pronunció este discurso en medio de un silencio sepulcral, y al terminarle nadie se atrevió á proferir una sola palabra.

Contemplábanle unos con asombro.

Otros con lástima.

Habían creído al verle que condenaría su conducta, que formularía contra ellos terribles acusaciones; y en donde esperaban la indignación, solo hallaban el ruego.

Muchos sentían agolparse á sus ojos las lágrimas al ver tan humillado á su monarca.

El príncipe de Iztacpalapa se confundió entre la muchedumbre, y viendo que iba á perderlo todo, agitó de nuevo á los mexicanos contra Moctezuma.

Después de una pausa bastante prolongada, hubo uno que gritó:

—Tú no eres nuestro rey; abandona la corona y el cetro por la rueca y el huso.

A estas palabras respondieron todos con el grito unánime de:

—¡Muera Moctezuma!

—¡Cobarde! decían unos.

—¡Afeminado! decían otros.

—Eres un miserable prisionero de nuestros enemigos! exclamaban los más.

—Ved lo que decís, respondía Moctezuma. Pensad en que los dioses descargarán sobre vosotros toda su indignación, porque escarneceis en mi persona á sus representantes.

—¡Muera Moctezuma!

—¡Muera el que ha vendido á su patria!

Y á estas últimas imprecaciones acompañó un disparo de flechas, demostrando al emperador y á Hernan Cortés, que presenciaba aquella escena, que solo las armas podían resolver el conflicto.

A pesar de las flechas, Moctezuma, en el colmo de la desesperación, no quiso separarse del lugar que ocupaba.

Los españoles y los tlaxcaltecas corrieron á su lado.

Los primeros procuraron cubrirle con las rodela para evitar que las flechas le hiriesen.

Pero en el momento en que el mismo Hernan Cortés le suplicaba que abandonase aquel lugar peligroso y le prometía vengarle de sus vasallos, una piedra, lanzada por un verdadero atleta, hirió en las sienes al emperador, dejándole caer sin sentido.

¡Cosa extraña!

Apénas vieron los mexicanos caer al emperador con el rostro ensangrentado, se apoderó de su alma una profunda consternación.

Hernan Cortés no tuvo ocasión de ver lo que pasaba, porque hizo que llevaran á su aposento á Moctezuma, y apénas le dejó al lado de sus servidores y de Marina, que le prodigaba los mayores cuidados, corrió sediento de venganza á castigar á los autores de aquel atentado.

Pero cuál no sería su asombro al ver que los que tan valien-

tes, tan enérgicos, se habían mostrado, se alejaban profundamente conmovidos y como si el remordimiento hubiese arrojado sobre ellos todo el peso del más profundo dolor.

Los mexicanos se asombraron de su obra, pensando instantáneamente en el atentado que habían cometido.

Cada cual halló un adversario temible en su conciencia, y con los ojos bajos, sin atreverse á mirar atrás, sin atreverse á hablar, unos y otros corrieron á esconderse del cielo, porque después de lo que habían hecho se creían acreedores al más horrible de los castigos.

Hernan Cortés halló, pues, despejados los alrededores del cuartel.

No encontró enemigos con quien combatir.

Y sin saber si había empeorado ó mejorado su situación, comprendiendo que la desgracia de Moctezuma podía influir fatalmente en sus proyectos, volvió á ver cómo estaba.

El emperador, objeto de los mayores cuidados, volvió en sí; pero apénas pudo darse cuenta de lo que acababa de sucederle:

—Huid todos de mi lado, gritó frenético Moctezuma; abandonadme: yo no merezco vuestros cuidados.

Quiero la muerte; solo la muerte puede librarme del martirio que experimenta mi alma.

Yo, el gran Moctezuma, emperador cuyos caprichos eran leyes, cuya voluntad nadie se atrevía á contradecir, he llegado al extremo de verme escarnecido por mis vasallos, y lo que es más, han puesto en mí sus manos; me han herido.

No me han dado la muerte. . . . ¡Ah! Yo no quiero cuidados de ningún género, no quiero que me curen mis heridas. Quiero morir; y si no muero de mi herida, yo sabré darme la muerte.

En vano Hernan Cortés, Marina, todos los que le rodeaban, le hacían oír el lenguaje de la razón.

De la ira pasaba al idiotismo.

De cualquier modo, la idea que dominaba en él era la de

mostrar á su pueblo que no habia decaído un solo instante su valor, toda vez que tenia ánimo para arrebatarle la vida.

Trascurrieron algunos dias, durante los cuales pareció México una ciudad desierta.

¿Se habia resuelto la cuestion?

¡Ah! No; todavía tenian los españoles que afrontar nuevos peligros, que empeñarse en nuevos y dolorosos combates.

CAPITULO XXVI.

Una familia desgraciada.



MIENTRAS tenian lugar en México las aterradoras escenas que hemos descrito en los capítulos anteriores, pasaba dias de profunda tristeza en su palacio de Tacuba el príncipe Guatimotzin.

En vano Guacalcinla, para desterrar de su alma las sospechas que su imprudente confesion habia despertado, procuraba mostrarse solícita y cariñosa con él.

En vano consagraba á cada instante las caricias al fruto de su amor.

No eran solo los disgustos domésticos los que producian en el alma de Guatimotzin tanta melancolía.

Parecia que su corazon albergaba el triste presentimiento de lo que iba á suceder, y aunque ajeno por su carácter á toda ambicion, no podia ménos de sentir un inmenso amor á su patria y de llorar anticipadamente aquellas desventurss, síntoma precursor de la esclavitud que le amenazaba.

Guatimotzin, á quien más tarde hemos de ver figurar en primer término en esta historia, tenia motivos poderosos para no intervenir en aquella encarnizada lucha que sostenian los españoles y los mexicanos.

En primer lugar, era el esposo de la hija de Moctezuma. Comprendia mejor que nadie las causas que habian obligado al monarca á trasladarse al cuártel de los españoles, para ser á su lado una garantía de paz, ó por lo ménos de la fidelidad con